
LA CRISIS DE LA IDEA DE IZQUIERDA

Massimo L. Salvadori

análisis y debate



1

La izquierda italiana necesita unidad. Pero la unidad no puede realizarse ya basándose en la idea que sobre la izquierda tenían el PSI y el PCI cuando, en otro tiempo, realizaron su unidad: la idea de que el movimiento obrero constituye el fundamento común e intangible en tanto que categoría social y económicamente unificadora. Estas ideas están, históricamente, en crisis.

Creo que nadie puede negar que hay motivos para sentir un fuerte embarazo cuanto intentamos, hoy, en 1981, razonar sobre las relaciones entre comunistas y socialistas, y acerca de la posibilidad de una política unitaria del PSI y el PCI sesenta años después de 1921. Las raíces del embarazo son evidentes: el hecho es que el estado de las relaciones entre los dos partidos tiende a hacerse *catastrófico*, casi tanto como en el momento de la escisión. Por descontado, no se trata de la unidad político-orgánica de la izquierda italiana en el momento actual; pero sí se trata, en cambio, de la idea de que el PSI y el PCI —más allá de su autonomía orgánica y de las diferencias ideológicas— sigan constituyendo el componente de

un despliegue unitario o, lo que es lo mismo, lo que tradicionalmente se llama *la izquierda*.

Personalmente, estoy convencido de que no se irá muy lejos sin colocar en el centro de la reflexión, con todo su alcance histórico, la crisis de los elementos que cimentaban la idea tradicional de izquierda; o mejor, que se emprenda sólo el camino de las recriminaciones, de las acusaciones, el camino estéril de las mensuraciones de fidelidad o infidelidad en relación al metro representado por la idea de la izquierda que detenta uno u otro partido, una u otra corriente. Cuando la cuestión decisiva con la que nos enfrentamos es que las bases de la *vieja idea* de izquierda están profundamente deterioradas, y lo que se trata es de verificar si existen los presupuestos para una *nueva idea de izquierda* y, en último análisis, para un nuevo tipo de unidad.

Dos mitos destruidos por la Historia

En 1921, socialistas y comunistas pasaron a ser *hermanos separados* o *hermanos enemigos*. Si, de hecho, se separaban en el modo de concebir los medios, sin embargo, conservaban un fin sustancialmente común y se remitían a la misma clase social, el proletariado, en cuanto clase protagonista de la lucha económica y política contra la explotación capitalista y en pro de la sociedad socialista. El marxismo continuaba siendo, no por casualidad y a pesar de todo, el fundamento indiscutido, al lado de la idea del socialismo como socialización generalizada de los medios de producción, y a la idea del Estado como instrumento de esa socialización.

En 1981, la crisis que afecta a los socialistas y comunistas es, a mi parecer, de naturaleza completamente distinta. Esta crisis —y éste es el punto decisivo— no afecta, en primer lugar, a los medios, sino a la idea de socialismo; idea que en 1921, por mitológica que fuese, constituía siempre la proyección ideológicamente solidificada del marxismo común, mientras que hoy esa misma idea se ve sumida en una crisis estructural de identidad. Esta crisis afecta lo mismo al PSI que al PCI, si bien alcanza a uno y otro partido de modo diverso.

Es importante tratar de comprender el curso de la crisis de la idea de socialismo; en el seno de la mayoría del movimiento obrero italiano, incluso en sus divisiones, a lo largo de los años veinte y treinta continuó actuando como cimiento ideológico de la hipótesis de la crisis del capitalismo tanto económica como político-institucional, hipótesis que parecía verse confirmada plenamente por el fascismo, la debilidad de las democracias burguesas y los éxitos de la edificación socialista en la Unión Soviética (que, a pesar de ser criticados en determinados aspectos, ejercían una enorme fascinación sobre los dirigentes socialistas). Después de 1945, el entendimiento entre socialistas y comunistas alcanzó en Italia el máximo de solidez, durando esta situación diez años. Stalingrado fue considerado como la prueba de la solidez del régimen socialista, y la expansión de las fronteras del socialismo al Este europeo y a China se entendieron como la corroboración del éxito en el empeño de elevar el socialismo a sistema internacional. Se pensó, pues, que la idea de socialismo había encontrado su plena traducción en la concretización de la historia; lo que contribuyó, de modo determinante, a la afirmación del *leadership* comunista en el movimiento obrero italiano. Y era tal la fuerza de atracción de este *leadership* que, dentro del Partido Socialista, dirigentes de primer plano llegaron seriamente a preguntarse si tenía sentido mantener un partido autónomo respecto del comunista, basándose en el concepto de que para una sola clase y para una sola lucha pudiera convenir un solo partido.

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, esta idea del socialismo —que hoy sabemos cuán mítica fue— se reveló bastante eficaz como medio de canalizar la oposición de las masas trabajadoras a un capitalismo como el italiano, débil, tradicionalmente carente de capacidad hegemónica, sobre el que pesaba la condena histórica del matrimonio con el fascismo. Y ello tuvo consecuencias esenciales en la caracterización del modo como socialistas y comunistas entendieron su propio papel en la democracia política recién conquistada. Dentro del marco del deterioro de las relaciones entre las grandes potencias de la coalición antifascista, el mundo occidental se considera como el sistema de poder internacional del nuevo centro hegemónico del capitalismo mundial, los Estados Unidos, es decir, como el nuevo sistema imperialista; e Italia, bajo el régimen democristiano, una provincia de ese imperio. Por supuesto, las libertades democráticas de matriz liberal, la democracia política, se consideraban importantísimas, pero no en cuanto expresión de valores de naturaleza permanente, sino en cuanto medios eficaces y necesarios para utilizar en la lucha por la transformación del sistema y para alcanzar, aunque no fuese por caminos mecánicamente imitativos, el *modelo* soviético y el alineamiento guiado por la URSS.

Este agregado político-ideológico, que orientó a los comunistas y a la mayoría de los socialistas durante casi diez años desde 1945, fue disolviéndose a partir de 1956 hasta minar las bases ideológicas unitarias de la izquierda italiana. Era el comienzo de la crisis de la idea de izquierda que hoy, precisamente, está rayando su *climax*.

Los dos elementos principales de la crisis fueron, por un lado, el gran *boom* capitalista de los años cincuenta y, por otro, la crisis del mito soviético, determinada en primer lugar por el informe secreto de Kruschev, y en segundo lugar por el relajamiento de los vínculos soviéticos en Hungría. Dado que la hipótesis de la crisis del capitalismo y el mito soviético habían representado los pilares sobre los que se había levantado la unidad entre el PCI y el PSI, de la misma manera el desarrollo capitalista y el derrumbamiento del mito soviético provocaron una desvinculación entre ambos. Sumergidos por igual en la crisis, los dos partidos reaccionaron, aunque de manera distinta. El tejido unitario sobrevivía, en primer lugar, en el sindicato; pero política e ideológicamente estaba herido de gravedad. Se podía identificar la sustancia de la herida —que en sus líneas de fondo continúa— en la distinta manera de reaccionar. La mayoría del PSI reaccionó acercándose decididamente a la experiencia y a la ideología de las socialdemocracias occidentales. El PCI reaccionó manteniendo su vínculo fundamental con el mundo soviético, al que deseó algunas reformas, pero sin criticar las estructuras de poder y el monopolio del poder soviético, a la vez que rechazaba resueltamente las experiencias de las socialdemocracias, a las que veía como intentos de reforma interna del sistema capitalista.

El reformismo del PSI

Bajo el peso del desarrollo capitalista y de la crisis del modelo soviético, el PSI inició la evolución que, después de contradictorios titubeos, habría de llevarle a la etapa históricamente decisiva del centro-izquierda. Una evolución que indujo al ala *autonomista nennista* a alimentar el proyecto de inclinar al movimiento obrero italiano a posiciones típicas de la socialdemocracia europea, gracias al éxito de un plan reformista... El modelo soviético se vio sometido a críticas de principio; se rechazó la dictadura del proletariado; se crearon las condiciones para un giro en el campo de la política exterior, que culminaría con la adhesión a la OTAN. En el programa de Nenni el marxismo había perdido definiti-

vamente cualquier valor de carácter proyectivo, y mantenía la condición de un venerable residuo ideológico. Nenni, ciertamente, pudo imprimir un giro a la política socialista, pero no consiguió tener detrás suyo a un partido unido. El ala de Lombardi, a pesar de compartir con la *nenniana* la inspiración autonomista, estaba comprometida en la ardua empresa de dar al reformismo la naturaleza de una técnica para hacer emerger las contradicciones capitalistas en el sentido de la transición al socialismo. En este sentido, Lombardi anticipó algunos aspectos de la línea que elaboró el PCI con el *compromiso histórico*. En fin, existía el ala izquierda del PSI que compartía con el PCI la abierta oposición a la *socialdemocratización*.

En cuanto estrategia reformista, la experiencia de centro-izquierda falló por un defecto de acumulación de fuerzas, que se demostró del todo inadecuada ante las resistencias conservadoras dentro y fuera de la DC, a los enfrentamientos internos en el propio PSI y a la oposición comunista. El PCI fue, comprensiblemente, inducido a oponerse a un programa encaminado a encerrarlo en unas nuevas dimensiones políticas de las cuales no pudiera escapar. Sin embargo, cualesquiera que hayan sido sus límites, hay que reconocer que la estrategia socialista tuvo un significado no contingente. Entre otras cosas, indicó el apremio que tenía la izquierda de una adecuación estratégica; en otras palabras, la necesidad de que, frente a los términos de la mutación social en el capitalismo avanzado, y frente a la crisis histórica del movimiento socialista basado en la estatización de los medios de producción, se pasase de la idea de las reformas como medios, parciales e inadecuados para alcanzar el Estado omnipropietario, a la idea del acceso de la izquierda al poder para regular las relaciones sociales globales en el marco de un pluralismo social, político e ideológico, aceptado en tanto que clave estratégica y sometido a una programación democrática. En el fondo de esta adecuación se hallaba la transformación del concepto de la función del conflicto social, no considerado ya como lucha de clase contra clase que habría de resolverse un día regeneracionalmente, en el contexto de la estatización generalizada y del Estado de la hegemonía obrera, sino como dato típico de las sociedades avanzadas susceptible de ser regulado y disciplinado en las coordenadas del reformismo económico-social y de la democracia política.

Este fue, pues, el significado no contingente del giro socialista. Las opciones esenciales cumplidas entonces por el PSI, liquidadas el ala izquierda del mismo PSI, que daría vida en 1964 al PSIUP, y por el PCI las socialdemócratas, tenían sin duda un auténtico significado de socialdemocratización, pero eran lo contrario de la simple expresión de una caída culpable de la *conciencia de clase revolucionaria*. Tan es así que, en su esencialidad, todas terminaron por ser asumidas por el PCI en tiempos posteriores en el momento en que aquél optó por el giro eurocomunista: abandono de la perspectiva de la dictadura del proletariado; aceptación de las alianzas internacionales de Italia (OTAN); elevación del pluralismo y de la democracia política a piedras angulares, y toma de conciencia de la imposibilidad de proponer las experiencias del Este en los países de Occidente y, por ende, en Italia.

El error de fondo (por usar este lenguaje), enteramente expiado por el PSI en el curso del progresivo deterioro del centro-izquierda consistió, por un lado, en haber hecho un análisis totalmente inadecuado de la naturaleza de la DC como *partner* de un ambicioso proyecto reformista (en cierto sentido, un error que tiene muchas analogías con el cometido por el PCI, e incluso amargamente purgado por el PCI cuando trazó la teoría del *compromiso histórico*) y, por otro, en haber creído que en Italia fuese posible una estrategia de reformas de estructura con una izquierda dividida. La *lección* más clara que puede extraerse hoy de la

experiencia de centro-izquierda es la de que la división de la izquierda lleva a la involución del reformismo y a su vaciamiento. El PSI infravolvió las raíces de la fuerza comunista en Italia y, varias veces, se hizo la vana ilusión de poder aislar esta fuerza. Fue un error socialista, pero un error históricamente insoluble, entonces, a causa de la lentitud de la evolución comunista.

Las dos caras del PCI

Las raíces de la fuerza del PCI eran de tal naturaleza como para truncar las ilusiones socialistas de expandirse a expensas del PCI, que obtuvo un notable éxito en la defensa de sí mismo. Sólo que la fuerza comunista se apoyaba sobre un dato que, mientras le llevaba a resistir la presión socialista, paralizaba a la izquierda en su conjunto: por un lado, la capacidad de recoger los impulsos de oposición, pero, por otro, la incapacidad de proyectar las energías acumuladas en el frente de una acción concreta reformista. El hecho es que las masas obreras italianas mantenían una concepción tradicionalmente maximalista y antiestatalista, profundamente penetrada de aspiraciones a la palingenesia social (el mito soviético conservaba el valor de una religión popular), y mantenían esta actitud en un país en el cual el liberalismo había tenido un carácter acentuadamente oligárquico, en el cual al liberalismo oligárquico le había sucedido el fascismo, en el cual al fascismo había acabado por sucederle, como guía del país, un partido católico, ligado al mismo tiempo a un capitalismo antirreformista y a una concepción clientelar, en definitiva parasitaria, de la cosa pública. Y, de otra parte, el desarrollo económico italiano de los años cincuenta, con ser grande y de extraordinario significado, se había logrado alimentando tensiones sociales y fortísimos desequilibrios. Ciertamente, eso había sido suficiente para privar de todo realismo al mantenimiento de una perspectiva revolucionaria, muy sacudida ideológicamente por la crisis del modelo soviético después de 1956, pero no lo bastante como para determinar un giro que yo llamaría de *mentalidad* en la mayoría de las masas trabajadoras, controladas políticamente por el PCI.

El PCI se adaptó a esta situación y la utilizó, convirtiéndola en expresión ideológica y orgánica. Por un lado, partido reformista en su papel efectivo; por otro, partido reformista que consideraba el reformismo como una inaceptable alteración de la propia fisonomía; por un lado, partido democrático protagonista de memorables batallas en la defensa de la libertad en Italia; por otro, constante portador de una cultura que consideraba al sistema de la democracia política como un sistema que había que superar, y que abrigaba la ambición de prefigurar en su interior *en embrión* (con el *centralismo democrático*) un modelo nuevo de moralidad pública y de gestión política; por un lado, después de 1956 cada vez más tormentosamente crítico acerca de las sociedades de molde soviético; por otro, profundamente reticente ante las críticas. La esencia de la posición comunista se expresaba en el concepto según el cual el PCI pretendía conciliar la *diversidad* de las vías al socialismo con la *unidad* del movimiento comunista internacional, cuyo punto de referencia se hallaba en la URSS. De ahí el hecho de que el PCI, prisionero entre el sentido de la solidaridad con el mundo del Este y la conciencia de los problemas no resueltos en aquel mundo, no denunciara jamás las causas socio-políticas de las situaciones que explotaban repetidamente en el Este. Anduvo siempre a remolque de la realidad en este terreno; constreñido siempre a criticar *insuficiencias* y *límites* después de las explosiones traumáticas en aquellos países, nunca se vio inducido a tomar la iniciativa de someter a crítica el principio del monopolio político ejercido por el partido comunista en ellos, ni el carácter despótico de sus regímenes. Además, permanecía inmó-

vil el otro componente importante de la solidaridad del PCI con el mundo soviético: la convicción de que la política exterior de la URSS tuviese una naturaleza estructural antiimperialista.

De este modo, la crisis del sistema político italiano, en la que hoy nos encontramos sumergidos de lleno, empezaba a revestir su fisonomía en las líneas de fondo.

La Democracia Cristiana hacía vano cualquier reformismo serio y orgánico; el PSI, conquistado ideológicamente por el reformismo, carecía de la fuerza suficiente para condicionar a la DC, e iba desacreditándose en una posición subalterna y de gobierno; el PCI se beneficiaba de este deterioro y, en definitiva, del fracaso del centro-izquierda (que no lograba triunfar como fórmula reformista, sino que producía el efecto de provocar contragolpes conservadores e incluso amenazas de giros autoritarios, lo que indujo al PSI en repetidas ocasiones a aceptar condiciones muy duras de la DC para salvar el marco democrático), pero sin ir más allá de la gestión y de la explotación de su situación opositora. En consecuencia, la gobernabilidad iba asumiendo de manera creciente el carácter de una mera fórmula parlamentaria de posicionamiento, vaciándose de contenidos efectivos de gobierno.

La oleada de 1976

La agonía del centro-izquierda se vio acompañada por la explosión iniciada en 1968. Frente al malgobierno democristiano, la pérdida de prestigio socialista, la crisis de identidad del PCI en cuanto partido revolucionario, y las grandes luchas de masas a las que la izquierda no estaba en condiciones de ofrecer una expresión política, la explosión del sesenta y ocho produjo, y no por casualidad, una serie de tendencias destructivas de derechas encaminadas a establecer un *orden* autoritario, a la vez que generaba un radicalismo extremista de izquierda, alimentado por grupos estudiantiles, en parte movimientista y en parte leninista-estalinista, provisto de una ambigua base ideológica coincidente en su inspiración *maoísta*. Pensándolo bien, la crisis de la idea de una izquierda fundada en un denominador común era ya bastante profunda, y disimulada a duras penas por la apelación al movimiento obrero como categoría económico-social genéricamente unificadora.

En cierto modo, las elecciones de 1975 y 1976 han representado la conclusión de ese período convulso por el que ha atravesado la sociedad italiana. Y lo han representado con un gran éxito comunista. Este éxito hay que interpretarlo, a mi juicio, partiendo del análisis de dos elementos: la comprensión de las causas del éxito comunista, y el valor del mensaje que entraña un punto tan elevado de confianza en torno al PCI. Una vez más, el PCI se ha beneficiado de manera sustancial de un rédito en sí y por sí ambiguo, no demasiado distinto del que le premió en el período del centro-izquierda. La sociedad italiana, después de 1968, había sido sacudida de un modo traumático. Impotencia de los gobiernos; aumento de las acciones de masas, entre las que había conseguido injertarse la iniciativa de las *élites* radicales estudiantiles, capaces de una movilización que llamaré negativa (expresión de la protesta) pero no positiva (orientación de la protesta hacia objetivos de reforma concreta); desarrollo de las tramas subversivas de derecha como respuesta a la falta de autoridad del Estado; amenazas crecientes de desestabilización política e institucional.

Después de las elecciones de 1975, que ya habían rubricado un éxito comunista, las elecciones políticas de 1976 sancionaron una doble victoria: de la DC, que

en un clima de dificultades excepcionales consiguió obtener el 38,7 por 100 de los votos, y del PCI, que alcanzó un sustancioso 34,3 por 100. Los dos éxitos se deben complementar el uno con referencia al otro, porque planteaban un problema esencial de estrategia del PCI en relación con la DC y el PSI. La DC, en una situación ascendente de descrédito, logró no obstante obtener un gran resultado electoral como consecuencia directa de los temores suscitados por el éxito comunista de 1975 en los medios conservadores y, también, merced a los temores provocados por la subversión neofascista en los ambientes moderados contrarios a los partidos de izquierda, pero no proclives a un giro autoritario. Por otra parte, el ascenso comunista significó más que nunca la expresión de una protesta contra el desgobierno democristiano, que llegó a abarcar estratos de opinión tradicionalmente no comunistas. En su conjunto, este frente de la protesta contenía actitudes diversas e incluso contradictorias: alrededor del PCI se coagularon tres componentes fundamentales: el primero, el tradicional comunista; el segundo, formado por capas de población que —aun no siendo comunista por decirlo de algún modo, positivamente— pensaban, sin embargo, en ofrecer una inequívoca expresión de su insatisfacción hacia el poder democristiano y su estímulo a la faz *eurocomunista*, es decir, democrática-reformista, que el PCI parecía decidido a asumir orgánicamente; el tercero estaba compuesto por el área de matriz estudiantil que, con su capacidad de propuesta en crisis, sin alternativas electorales creíbles y en polémica sobre el camino aventurerista emprendido por los sectores estudiantiles más extremistas, se decidió por el apoyo electoral al PCI.

Un error histórico

El conjunto de estos componentes determinó el éxito comunista de 1976, que requería, sin embargo, el ser descompuesto e interpretado desde la perspectiva de la estrategia política. Un banco de pruebas extremadamente comprometido para el grupo dirigente comunista, que estaba llamado a opciones importantes. La respuesta se consolidó sobre la base del *compromiso histórico*, elaborado por Berlinguer desde el otoño de 1973; un compromiso que se declaraba destinado, en caso de realización, a introducir *elementos de socialismo*. Este compromiso —decía el PCI— se dirigía sobre todo a coaligar fuerzas sociales de matriz comunista, socialista, católico-progresista; ahora bien, en el debate político el compromiso histórico se convierte, de hecho, y de manera inevitable, en objeto de acuerdo entre el PCI y la DC con vistas a un gobierno conjunto.

La estrategia comunista del compromiso histórico fue un error de enorme alcance histórico. Desde el ángulo táctico, respondía a la pretensión de satisfacer al mismo tiempo a los tres componentes del voto otorgado al PCI en 1976. El PCI no quiere asustar a las capas moderadas valiéndose, precisamente, de la invocación al compromiso y, a la vez, buscando satisfacer al electorado más radical y a la base comunista tradicionalmente anti-democristiana, mediante la remisión al hecho de que el partido vincularía el compromiso a un desplazamiento sustancial de las relaciones sociales. Desde el punto de vista estratégico, esta táctica, en apariencia brillante, se reveló como un fracaso. Porque en el acto revalorizó a una democracia cristiana desacreditada, en la medida en que le atribuía el papel de interlocutora orgánica del movimiento obrero y del PCI. La DC, por consiguiente, fue ayudada de manera decisiva a superar una profunda crisis; y, simultáneamente, se vieron desilusionados todos aquéllos que habían esperado que el PCI se situase a la cabeza de una alternativa política a la DC. A su vez, la insistencia en el hecho de que el PCI hubiese relacionado *compromiso histórico* y *elementos de socialismo* precipitó a la base del partido en un estado de escepticismo

y de confusión ideológica, dado que para nadie estaba claro cómo podría conseguirse una línea semejante, y para muchos era evidente —más allá del acuerdo formal obtenido en el marco de la tradicional disciplina del partido— que la DC no estaría dispuesta a aceptar jamás un compromiso con objetivos inasumibles por ella. En fin, la línea del compromiso histórico no podía por menos de suscitar la alarma en el PSI que, a pesar de las garantías formales dadas por Berlinguer, se sintió como un cordero sacrificable en el altar del gran pacto entre la DC y el PCI, las dos superpotencias del sistema político. Llegados a este punto, el estado de las relaciones entre los dos partidos de la izquierda estaba destinado a deteriorarse ulteriormente, según una lógica de concurrencia y de búsqueda del espacio político en condiciones de conflictividad.

El *impasse* de la alternativa

Mientras que el PCI se limitaba a la estrategia del compromiso histórico, el PSI —bajo la dirección de Craxi— enunciaba, en el Congreso de Turín de 1978, la nueva estrategia socialista como alternativa a la DC, concebida de izquierdas en cuanto que socialistas y comunistas habían de constituir su fundamento de allí en adelante, pero también abierta a la convergencia de fuerzas laicas y católicas dispuestas a aceptar criterios de gobierno propios del socialismo occidental. La línea de la alternativa de izquierdas respondía a una necesidad profunda del PSI de revitalizarse, llevando la perspectiva reformista —frustrada en la fórmula del centro-izquierda— a una plataforma de alternativa democrática al sistema de poder democristiano y liberar al partido, de ese modo, de complejos de subordinación y subsidiariedad. Frente al compromiso histórico propuesto por los comunistas, la alternativa democrática de izquierdas tenía una indudable fuerza expansiva, incluso hacia las fuerzas internas del electorado que en 1975 y 1976 se habían orientado hacia el PCI en razón de una voluntad de protesta antidemocrática. Pero, de todos modos, la nueva línea volvía a plantear los problemas de la inadecuación socialista en relación con su propia fuerza. El PSI, en efecto, era demasiado débil para dar cuerpo a una estrategia que sin duda podía elucubrar desde el ángulo ideológico, pero que no podía construir nada sin la conversión a sus criterios del mayor partido de la izquierda, es decir, el PCI; el cual, sin embargo, se negaba a la idea de la alternativa.

Frente al rechazo opuesto por el PCI, la alternativa estaba condenada a agotarse como realidad concreta política y como realidad potencial. El proyecto de la alternativa —consecuente con la decidida voluntad de la nueva dirección socialista de salvaguardar, en cualquier caso, un papel dinámico al PSI— dejó el puesto a la línea de alternancia en la dirección del gobierno entre la DC y el PSI. En este punto, los dos partidos de la izquierda se encontraban en un *impasse* de fondo: el PSI, con su oposición, tornaba irreal el compromiso histórico; el PCI, a su vez, hacía irreal la alternativa propuesta por los socialistas.

Estoy profundamente convencido de que el PCI ostenta la grave responsabilidad de haber bloqueado la política de la alternativa avanzada por el PSI. Entiendo que la razón de ello hay que buscarla en el dato siguiente: el PCI advertía que el signo ideológico de la alternativa era de claro sabor *socialdemócrata* y no quería ceder a las implicaciones *revisionistas* ligadas, necesariamente, a la alternativa misma. Es un hecho que el PCI, abusando del todo de las posibilidades de las contradicciones dialécticas, se sentía menos socialdemócrata y más revolucionario persiguiendo el compromiso histórico con la DC a aceptar *elementos de socialismo* sin llevar hasta el fondo el proceso de revisión indispensable para la

alternativa democrática, mientras que con esta última temía perder sus connotaciones revolucionarias.

La niebla de la *tercera fuerza*

El PCI prefirió ser el partido de la *tercera vía*, el partido que no renunciaba a la tradición comunista y el partido de la innovación indefinida. De esta manera, el PCI demostraba no estar en condiciones de entender en toda su profundidad la crisis de la idea de izquierda sobre la cual se basaba su propia tradición. Una idea radicada en la hipótesis del conflicto irreductible entre las clases, de la fundación de un Estado que exprese la solución de ese conflicto, de la estatalización como base esencial de la nueva economía, y del imperialismo como resultado exclusivo del capitalismo. Se dirá que no sirve remover trapos viejos, desde el momento en que el PCI ha renovado su idea de socialismo. Lo que pasa es que el PCI ha abandonado los medios *obsoletos*, pero no el objetivo revolucionario, si bien aquél admite siempre que se trata de un fin muy empañado y confuso. Esto es lo que demuestra la llamada a la *tercera vía*, cuya esencia consiste en la adopción de medios democrático-reformistas con vistas a un fin que sigue siendo revolucionario, no *socialdemócrata*. Pero —y ésta es la cuestión—, ¿pueden abandonarse los medios revolucionarios y mantener un fin revolucionario? Se puede, a un precio evidente: al precio de la ambigüedad y de la opacidad, bien respecto de la naturaleza de los medios, bien respecto de la naturaleza del fin. No es una casualidad el que la firmeza que manifiesta el PCI en su propuesta de *tercera vía* entre socialismo soviético y socialdemocracia no consiga asumir un contenido racionalmente definible, reduciendo el socialismo, por supuesto no marxianamente, a *ideal* que no se nutre de concreción programática. El proyecto de la *tercera vía* cae así en el estadio de la ideología en el sentido marxiano.

Conviene añadir, sin embargo, que mientras en las finalidades generales asumía un carácter indeterminado, la *tercera vía* comunista tenía un carácter bastante más determinado en el filo-sovietismo residual. En cuanto *tercera*, marcaba sin duda las distancias críticas con respecto a la URSS y a su bloque, pero al propio tiempo fijaba límites precisos a estas mismas críticas: límites tales como para separarla de la *segunda vía*, la socialdemócrata, que contiene una crítica de principio del totalitarismo propio de los regímenes comunistas, y rechaza la tesis de que la URSS, en cuanto potencia comunista, no puede ser una potencia imperialista. Eugenio Scalfari ha afirmado que el PCI ha rescindido definitivamente sus vínculos con la URSS. Es una afirmación muy arriesgada; a mi juicio, no se corresponde con la realidad. Esos vínculos no se han rescindido ni siquiera ahora. Es innegable que el PCI ha formulado críticas no sólo bien definidas, sino también referidas a las experiencias del *socialismo real*. Ahora bien, el problema no es el de la sinceridad mayor o menor de la crítica, sino el de su naturaleza. Pero la naturaleza de la crítica del PCI a los países del Este consiste en detenerse en el umbral del tabú del monopolio político comunista en los regímenes internos y en el carácter no imperialista de la política exterior de su país guía. De ahí que los vínculos se hayan efectivamente modificado, pero sin rescindirse. No se han rescindido porque el único paso para ello sería el reconocer la naturaleza totalitaria de la idea comunista del gobierno en aquellos países.

El que afirma que el PCI ya ha roto los vínculos con la URSS y su bloque demuestra que no valora las diferencias que existen, por ejemplo, entre sostener (como hace el PCI) el derecho *empírico* de existencia del sindicato *Solidaridad* y afirmar (lo que no hace el PCI) el derecho a la democracia pluralista en los países

del Este, tomando posición explícita en términos ideológicos contra el tipo de poder existente en la URSS, que no se cansa de denunciar cualquier modificación del monopolio político comunista como un atentado al socialismo inspirado por el imperialismo occidental. Este es el único paso que podría inducir a creer que el PCI había asumido la democracia política como valor permanente y universal (lo que no quiere decir en absoluto que se piensa que la democracia política deba tener las mismas formas e idéntico fundamento económico-social que el existente en Occidente). Y ésta, por ser explícitos, es la garantía que se pide al PCI. Sólo la mala conciencia puede inducir a considerar que se trata de una petición de guerra fría. Si el PCI pretende convertirse en partido de gobierno, se tiene el derecho de solicitar una aclaración adecuada en la materia; del mismo modo, quede claro, que el PCI tiene el derecho de rehusar la aclaración, aunque con las inevitables consecuencias.

Dos oscilaciones que no se encuentran

La crisis de la idea de izquierda alimenta de manera incesante la incapacidad del PSI y del PCI de delinear una estrategia, siquiera sólo relativamente estable, referida a las relaciones de cada uno con la DC y a las relaciones entre ambos. De ahí derivan las oscilaciones del PSI y del PCI desde 1976. Esta crisis tiene diversos planos en uno y otro partido. El PSI no se ha anclado en una nueva idea de la izquierda en el plano teórico, pero hasta ahora no ha sido capaz de realizar un análisis adecuado de las alianzas sociales y políticas, constreñido entre la propia debilidad electoral, el problema de la gobernabilidad del país y la lentitud del proceso revisionista comunista. Es verdad que ha pasado de la alternativa de izquierda a la alternancia, adaptándose —ante la imposibilidad de dar cuerpo a la una y a la otra— a la restauración de una especie de centro-izquierda para acabar llegando al *eje* Craxi-Longo, desde perspectivas no clarificadas (pero cabe intuir que este eje se conciba como un medio con vistas a la alternancia) y a la división interna del partido, marcada sobre todo por contraste entre la mayoría craxiana y la minoría de De Martino-Achilli.

Por el contrario, el PCI vive una crisis determinada en primer lugar por la oscilación en el plano ideal entre tradición comunista e innovación revisionista. Tal oscilación ha causado la imposibilidad de consolidar las relaciones entre socialistas y comunistas sobre la única base posible: la alternativa democrática de izquierda fundada en los valores ideológicos del socialismo de corte occidental. Así, el PCI del compromiso histórico y de la solidaridad nacional ha regresado a la oposición, después del fracaso de la fórmula de la solidaridad nacional, y ha llegado por último a la alternativa democrática —después de dejar de lado, sin demasiadas explicaciones, el compromiso histórico—. Esta alternativa democrática se ha lanzado sin que la revisión ideológica hubiese alcanzado los niveles mínimos que permiten un entendimiento con los socialistas y con las fuerzas laicas y católicas potencialmente interesadas en una alternativa a la DC.

Es preciso añadir que, en la rápida —yo diría incluso que extraordinariamente rápida— mutación de las opciones estratégicas (presentadas todas ellas por el PSI y el PCI, de modo tal que fuesen capaces de difundir en el país la convicción de que habían de erigirse de manera permanente en columnas para la historia futura), el común denominador ha sido el continuo deterioro de las relaciones entre los dos partidos, y una abierta competencia que hoy día ha alcanzado un punto de agudísima tensión.

Llegados a este punto, me parece que resulta obligado para cada uno el tratar de prestar su propia contribución para definir los presupuestos sobre los que *las*

izquierdas puedan volver a ser *una izquierda*. Yo pienso que debe afirmarse con claridad lo siguiente:

1) en un clima de conflictividad creciente entre el PSI y el PCI sólo puede producirse la consolidación de la centralidad democristiana en los gobiernos o, en el caso de crisis de esta misma centralidad, el agravamiento de la crisis del sistema democrático;

2) que la unidad de la izquierda, a partir de ahora, no podrá fundamentarse en otro supuesto que el del cumplimiento del proceso revisionista comunista.

Desde siempre ha sido muy controvertido el viejo proverbio de que la historia es maestra de la vida. En cualquier caso, la historia italiana (y no sólo italiana) legitima la conclusión de que la división de la izquierda (otra cosa es, naturalmente, la autonomía de sus componentes) —en momentos de crisis— ha llevado siempre a la propia izquierda al fracaso. Pero esta observación sirve de poco, en sí y por sí, porque la división de la izquierda ha sobrevenido siempre en relación con las distintas maneras de entender el papel que está llamada a ejercitar en el cambio social y político. Refiriéndonos a la situación presente, parece posible aventurar una previsión: en medio de un clima de conflictividad aguda y permanente entre los dos partidos de la izquierda —y trato de razonar en términos de pura *racionalidad técnica*—, un eventual éxito de la línea socialista de alternancia podría llevar a la presidencia del Consejo a un exponente del PSI; pero es bastante probable que se tratara de un éxito a nivel de fórmulas de gobierno y no al nivel de un nuevo tipo de gobernabilidad en cuanto a los contenidos, que es el problema de los problemas para un partido de la izquierda, y que solamente puede resolverse con una adecuada acumulación de fuerzas. Por otra parte, en ese mismo clima, la alternativa democrática propuesta por el PCI no tendría ningún porvenir, aun en el caso de que se produjera un absoluto fracaso de la línea del PSI.

Ser de izquierdas, hoy

La izquierda italiana necesita unidad. Pero la unidad ya no puede realizarse sobre la base de aquella idea de izquierda sobre la cual el PSI y el PCI articularon en un tiempo su unidad: la idea de la socialización generalizada, por un lado, y por el otro que el movimiento obrero constituyese el fundamento intangible y común en tanto que categoría económico-social unificadora. Estas ideas están en crisis irreversible desde una perspectiva histórica, y por lo mismo desde el prisma del desarrollo económico y social.

Con su ropaje de estatalización generalizada, la socialización ha demostrado clamorosamente sus implicaciones burocrático-despóticas en el plano político y en su tendencia estructural no a liberar de manera nunca vista a las fuerzas productivas, sino —superado cierto umbral de la modernización económica— al estancamiento productivo e incluso al parasitismo (los grandiosos resultados obtenidos por la industria militar soviética se basan en la explotación de todo el sistema económico nacional). En otro sentido, la socialización, con su revestimiento autogestionario, referida a las grandes empresas adquiere un sabor utópico-libertario, y no se llega a comprender qué grado de viabilidad y racionalidad posee.

El problema que hoy tiene ante sí la izquierda de gobierno en los países avanzados de Occidente es la gestión de un sistema social mixto, diversificado —como lo prueban ya hoy claramente las tendencias que se abren paso en los países más

desarrollados y también en Italia a ritmos bastante acelerados—, cuyo desarrollo reduce cada vez más el peso de los trabajadores industriales y aumenta el de las capas intermedias ligadas a los servicios. Frente a este tipo de desarrollo, la idea de izquierda ya no puede basarse en el concepto de la *centralidad obrera* de molde marxiano que partía del presupuesto de la proletarización creciente; sino que ha de basarse en un concepto que asuma como problema central la gestión de las partes sociales en una sociedad altamente diferenciada, donde la idea de izquierda se exprese esencialmente como democracia de las relaciones industriales y extensión de la redistribución de la renta en el marco de una programación democrática, capaz de no sofocar la movilidad social y, al mismo tiempo, de combatir los desequilibrios ligados a los privilegios parasitarios.

Pienso que el punto fuerte, no contingente, del ala craxiana en el interior del PSI consiste en haber captado plenamente el significado de la crisis de la vieja idea de izquierda; pero pienso también que corre el peligro de afrontar esta crisis infravalorando la importancia de implicar política y socialmente a las masas trabajadoras y, por consiguiente, de mantener abierto el enfrentamiento con el PCI.

En suma, lo que es fundamental es que la izquierda en su conjunto se haga cargo hasta sus últimas consecuencias de la necesidad de superar el proyecto de la hegemonía obrera (lo que, obviamente, no significa en realidad y absolutamente perder de vista la importancia de la clase obrera) y, al mismo tiempo, comprenda el hecho de que hoy, en una sociedad avanzada de tipo occidental, la capacidad de gobierno se plantea en términos de capacidad de regular el conjunto de las partes de un cuerpo social pluralista y diferenciado. La izquierda, por tanto, debe proponerse el objetivo de disponer de un programa que responda contemporáneamente a los empresarios, a las capas medias, a los obreros industriales y al resto de las masas trabajadoras. Se advierte aquí la importancia de un nuevo concepto en el seno de la izquierda acerca del papel que desempeña el conflicto social, y que ya no puede ser el de la lucha de una clase contra la otra por el dominio del Estado y por una economía al servicio de una clase y sus aliados. No se trata, por el contrario, de sostener una absurda idea de armonía social preestablecida, que hoy día pertenece a los sueños de la derecha autoritaria y del *socialismo real*. Al contrario, lo que se persigue es la institucionalización del conflicto económico, social, político e ideológico como valor eminentemente democrático. En el campo de las relaciones económicas, eso significa una democracia de cogestión, donde cogestión no quiere decir corporativismo sino corresponsabilidad dentro de la autonomía plena de las funciones y de los papeles de las partes, en equilibrio entre los dos polos, el del entendimiento y el de la conflictividad. Lo que requiere, como exigencia preliminar, la adecuación de la máquina del Estado.

La frontera de Europa

Para la redefinición de la idea de izquierda es igualmente importante la concepción de las relaciones internacionales. Aquí nos encontramos frente a dos polos opuestos que, sin embargo, tienen en común un dato esencial: asignar a la izquierda un papel subalterno en la política internacional. Estos dos polos son el atlantismo filoestadounidense y el filosovietismo (por más que se muestre crítico y condicionado). Se trata de dos posiciones bastante útiles a los intereses de las dos superpotencias cuya vocación natural, sobre todo en los momentos de tensión, es absorber fuerzas tras de sí.

¿Existe una alternativa para la izquierda a tales posiciones? Tal alternativa puede existir en la medida en que la izquierda italiana trabaje conscientemente

en el sentido de un europeísmo consecuente. Los países europeos tienen todo que perder con un relanzamiento de la guerra fría, y tienen un interés vital en que la crisis del sistema bipolar no se supere mediante un nuevo Yalta actualizado (que, indudablemente, es la aspiración de USA y de la URSS), sino a través de la formación de una pluralidad de centros de poder mundial, que ofrezca la posibilidad a Europa, Japón y China de colocarse en pie de igualdad con USA y la URSS. En este marco Europa está interesada en potenciar la propia autonomía en el ámbito de la Alianza Atlántica y en desarrollar esta autonomía como una —en cualquier caso irrealista— neutralidad europea (que en la cruda realidad de las relaciones internacionales presupondría también una fuerza militar propia que Europa no posee ni es previsible que alcance a poseer), sino en el sentido de una enérgica capacidad de mediación distensora en las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Las opciones comunistas tienen también una importancia capital precisamente en relación con este orden de problemas. Un PCI indefinido entre la teoría del imperialismo que tiene implicaciones filosoviéticas y la aceptación de la OTAN, no está en condiciones, más allá de las expresiones verbales, de desempeñar un papel europeísta, porque este papel presupone (ya se ha visto) la conciencia de que la Alianza Atlántica es una necesidad para Europa, no sólo por motivos de equilibrio militar entre los dos campos, sino también porque es necesario enfrentarse a la hipótesis de un impulso hegemónico soviético que ya se advierte claramente en Oriente Medio y en Africa; es decir, en dos sectores cruciales para el destino de Europa Occidental. Únicamente la total autonomía respecto de la URSS sobre la base de una revisión de la teoría del imperialismo puede permitir la integración del PCI en la izquierda europea con todos los pronunciamientos, y otorgar su pleno valor a la contribución del PCI en la tarea de mediación disuasoria de una Europa, por un lado aliada de los Estados Unidos, y por el otro más autónoma en relación con ellos. Subrayo que sólo una revisión semejante por parte de los comunistas en el campo de la política de subsidiariedad con los Estados Unidos, posibilitará desempeñar ese papel europeísta.

Me parece que no cabe dudar de que el PCI alcanzará pronto o tarde la autonomía respecto de la URSS. Pero se nos puede preguntar si los pasos ulteriores en esta dirección no se darán —al igual que los precedentes— como consecuencia de traumas como por ejemplo una represión en Polonia sostenida por la URSS por vía directa o indirecta. Y es particularmente grave que los grados de autonomía del PCI en relación con la URSS tiendan siempre a crecer en *estado de necesidad* y no por iniciativa propia del comunismo italiano. El estado de necesidad, en efecto, implica un filosovietismo sufriente; la iniciativa, por el contrario, indica la crítica de un sistema de dominio que no entraña en absoluto un pecado de *atlantismo* el definirla en política interior como vocación totalitaria, y en política exterior como imperial.

Las victorias de Pirro

Para concluir, estoy profundamente convencido de que la conflictividad, dentro de lo que amenaza convertirse la izquierda italiana, tiene una única posibilidad de solución: la revisión teórica de los fundamentos de la vieja idea de izquierda en todo lo que se refiere a la política interior; y la convergencia de socialistas y comunistas en torno a un europeísmo dinámico en lo que afecta a la política exterior, un europeísmo que trate de incrementar el peso de una Europa en marcha hacia la integración política, y empeñada en desarrollar un papel moderador en la exasperación de las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Basándose en una ruptura con el PCI, el PSI corre el peligro de conseguir victorias pírricas. Por otra parte, las neblinas de la *tercera vía* y el filosovietismo sufriente y disperso del PCI minan la estrategia de la alternativa a la Democracia Cristiana —al igual que han minado el compromiso histórico—, contribuyendo de manera determinante a paralizar posteriormente el sistema político.

Al margen de la perspectiva de la unidad, sólo les queda al PSI y al PCI la vía de buscar las propias victorias en tanto que partidos individuales en la lucha recíproca. Y no es preciso pertenecer al grupo de los grandes profetas para prever que esta lucha puede muy bien ser el camino de la derrota común.

© Mondoperaio

Traducción: J. A. Matesánz

